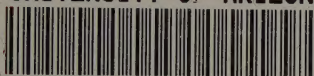


UNIVERSITY OF ARIZONA



39001004110287

















**colección  
carabela**



Queda hecho el depósito que marca la ley.  
Copyright by Editorial Alfa. Ciudadela 1389, Montevideo  
Printed in Uruguay

Impreso en el Uruguay

PQ  
7539  
A47  
V48

**claribel**  
**alegría** **vía única**

**p o e s í a**

**editorial alfa**  
**montevideo**

*a Bud,  
mi compañero en esta trayectoria*



# piruetas en una sala de espejos

No ha sucedido aún,  
sin embargo me veo  
entre el humo de las locomotoras,  
las voces,  
el ir y venir de los pasajeros.  
O en un muelle vacío.  
Tu pañuelo,  
tú,  
mi barco alejándose,  
el enlutado grito de mi barco.  
Poco a poco el invierno  
me ha ido desgastando:  
sus árboles negros,  
su agua lodosa  
lamiendo piedras,  
la bruma tumbada  
sobre un horizonte de alambres  
y chimeneas.  
Un abismo a mi lado.

No lo ven los demás.  
Un abismo de voces,  
de ojos,  
de fantasmas.  
Siguen brotando manos.  
La mano de Eugenia,  
su temblor.  
La mano de mi hija,  
su dibujo.  
Todas las manos pidiéndome,  
exigiéndome,  
y yo no soy capaz.  
Todas las manos como plagas,  
incendios,  
cataclismos que me acechan,  
me desnudan,  
me estrujan.  
Llevo tu rostro barajado  
con vitrinas ortopédicas,  
señas de tránsito,  
anuncios de aspirina.  
Soy el agua,  
la espuma,  
esa nube en el cielo.  
No ha sucedido aún,  
y ya pienso en nuestro amor,  
en los días,  
las horas de nuestro amor  
como si el libro se hubiese cerrado  
definitivamente.

# té con las tías abuelas

Hay un tema de oboes:  
tres notas juguetonas  
de las tías abuelas.  
Uno tras otro  
Sus rostros de duende  
se repiten.  
La señorita Soto  
irradiaba el hastío.  
Como una brisa insípida  
paseaba su mirada  
por los estudiantes,  
por las verduleras de grito plañidero.  
En esa infancia,  
en mi crisálida de sonidos,  
de paredes de adobe,  
de gestos familiares,  
era fácil ser yo.  
Aprendí a ser florero,  
a tocar vales de Chopin  
con un desgano anémico.

Las damajuanas despóticas  
me ablandaban,  
me modelaban.

Detrás de los ojos de don Chico,  
detrás de su perfil de barro crudo,  
adivinaba un vuelo de azacuanes;  
su lejano alboroto  
señalándome el cambio de estación.

Algunas voces quedan:  
rincones que no me atrevo a explorar,  
pálidas fieras que me acechan,  
grutas donde caen las gotas del tejado  
y descubrí en mis juegos.

Gota a gota  
me desnudan los días,  
se oscurecen los rostros,  
se me borran mis santos.

Es difícil  
saberme irremediable,  
estridente de aristas,  
erizada de mí.



# la siguanaba

En mi casa  
hay una lámpara que odio.  
Vuelve mi hija el rostro  
y surge la calavera.  
Me deslumbra el abismo.  
Debajo de mis pies  
serpentean las grietas.  
Mis ojos están fijos en el vacío:  
fijos,  
como a los que embrujó la siguanaba.  
El abismo devora a mis amigos.  
Yo me río,  
voy a las fiestas,  
quiero olvidarte a ti  
que te he perdido,  
construir una cadena humana,  
una trenza de manos  
que pueda rescatarme  
si resbalo.  
Vara mágica fuiste,  
oráculo,

arco iris.

Háblame de becerros,  
llévame de la mano  
bajo nubes carnosas,  
que el olor a granero  
y a tierra mojada  
asalte mis narices.

Esta noche,  
aquí,

desde mi celda  
te lo pido.

No te mueras, René,  
no me abandones.

Regrésame a tu voz,  
a nuestra infancia.

Condúceme hasta el río  
en Nicaragua.

Ahí donde la mula  
llevándonos a cuestras  
se empeñaba en beber  
y te grité al oído  
con alegre terror.

He visto rostros nuevos,  
anduve por ciudades,  
conversé con marinos,  
me acompañó el amor.

Pero el miedo es un ácido.

Los amigos,  
los libros,  
la familia,

no esconden el vacío.  
Lo disfrazan, apenas.  
Niño demente el tiempo:  
la nariz aplastada contra el vidrio,  
ofreciéndome muertes.  
La siguanaba se lanza detrás del viajero.  
Lo envuelve con sus brazos,  
con su grito.  
Deja ceniza el rostro  
y la mirada ausente.  
Me ha estampado su huella,  
me ha citado en un martes  
y me voy acercando.  
No comprendía entonces,  
en mi estación de ríos,  
de zenzontles,  
de becerros.



# aunque dure un instante

Ahora,  
mientras el río de obsidiana  
nos refleja,  
quiero hablarte de amor,  
de nuestro amor,  
de los diversos hilos  
de su trama,  
del amor que se toca  
y es herida  
y que también es vuelo  
y es vigilia.  
Sin él,  
el verde de las hojas  
no tendría sentido,  
ni el farol de la calle  
iluminando el agua,  
ni la imagen ondeante  
de la iglesia.  
Mi amor es la escudilla  
en la que tú dejaste una moneda,

la moneda tañéndome que existo,  
la trenza que forjan las palabras,  
el vino,  
el mar desde la mesa,  
los malentendidos,  
los días  
en que nos damos cuenta  
que ya no somos uno,  
que estamos alejados  
irremediablemente.  
Ayer,  
desde mi exilio,  
inventé que llegabas.  
Salí del hielo,  
espanté pingüinos,  
desplacé a las estrellas  
acechando tu desembarco.  
Quería ayudarte a plantar banderas,  
celebrar de rodillas  
el milagro.  
Ahí quedé  
con mis señales.  
¿Te sorprende mi vértigo?  
Estoy hablando de eso:  
de la alegre punzada  
de saber que sí,  
que de pronto es verdad,  
que no estoy sola,  
que estamos juntos bajo el árbol  
con mi mano en tu mano,

que nos refleja el río,  
que ahora,  
en este instante,  
en este ahora,  
aunque dure un instante,  
estás conmigo.





# el abuelo

Me mira,  
desde un daguerrotipo  
con el marco ovalado.  
La figura frágil,  
apoyada su mano  
sobre el espaldar barroco  
de una silla,  
la garganta hundida  
detrás de un cuello muy alto.  
Para mí fue el tronco,  
el único abuelo.  
Nació gran señor.  
Su vida,  
una lenta bancarrota.  
En la casa de paredes añosas  
de un metro de ancho,  
sentados sobre el poyo  
de la ventana,  
me contó de su tía,  
de cómo enrollaba hojas

de tabaco  
y asoleaba en el patio  
sus monedas de plata.  
Desde el avión que llega,  
que me trae,  
adivino su gesto.  
Me siento lejos de él.  
Imagino el paisaje  
caminado a paso de hombre:  
las hojas,  
la yerba,  
la tierra oscura,  
volcánica,  
las chozas con su cerco  
de izote.

Vivió París:

Le Bois de Boulogne en carruaje,  
conciertos,  
champagne,  
un Don Juan salvadoreño  
con sombrero de copa  
y con bastón.

Soy fruto de su derrota,  
segunda cosecha  
de sus años grises.

Ante el alto escritorio,  
sin notar la penumbra  
que crecía,  
recitaba en voz lenta  
Lamartine.

No supo darse cuenta.  
Le quitaron sus fincas  
los banqueros.  
Las bodegas,  
los cofres  
se quedaron vacíos.  
Siguió ensimismado  
entre sus libros,  
musitando a Voltaire  
y a Buffon:  
en su gran biblioteca,  
desvalido.  
Se vendieron las sábanas de lino,  
el servicio de plata,  
renunciaron los hijos  
a estudiar secundaria  
y falleció la abuela.  
Van a construir un techo  
sobre el patio.  
El nuevo dueño alaba el escritorio.  
Tiene varios cajones  
para libros de cuentas.  
Sonrío,  
digo que sí.  
Paso mi mano  
por la madera.  
Miro el polvo,  
el blanco polvo centenario.  
Dibujo con el dedo  
una muñeca,

una niña de trenzas  
y falda corta.  
Sonrío,  
digo que sí,  
que cómo no,  
que por supuesto.

# soledad y nueve de julio

No tiene alas.  
Es pequeña,  
gris,  
malformada.  
Se oculta entre las hojas,  
bajo los faroles.  
Asalta,  
mientras uno anda distraído  
con la noche,  
con la geometría claroscuro  
de los edificios.  
Mira mis ojos.  
Se han vuelto despiadados,  
escrutadores;  
ojos de opio,  
ojos vidriosos  
de animal aplastado en el camino.  
No me hables de tranvías  
ni de vestíbulos de teatro  
con carteles.

Alcánzame una noche  
más densa,  
más cerrada.  
Voy a morir un día  
en un lugar absurdo.  
No quiero saber  
de puestos de tabaco  
donde aguardan los viejos  
con manos azuladas.

# matinée

¿Y si existiera?  
¿Qué haría la heroína  
si existiera?  
Noventa y cinco minutos.  
Un trecho fácil de llevar.  
Veinticuatro horas es distinto.  
Todos los días veinticuatro horas.  
Soy movimiento,  
estorbo,  
rotación que no se aplaca,  
que aún no llega a su reposo.  
Sigo subiendo.  
Siete. Ocho.  
Por mí entraste al vacío.  
Fui el embudo,  
el remolino con polvo  
y paja.  
Los dos pensamos:  
Amor.  
Era tan sólo agua,

agua sorbida por el caño  
en espiral.  
Agua,  
sudor,  
jabón.  
No estás.  
No me sorprende.  
Entro con mi llave  
y cuelgo el saco.  
Se marchita el geranio.  
Converso con mi madre.  
Hace años  
la vi muerta en el cajón.  
Bailo con el bufón de ojos vidriosos:  
los que arranqué al muñeco  
por vacíos.  
Hay ceniza en la calle,  
en el cielo,  
en la ventana.  
Aleteo contra el vidrio nublado.  
Tú y yo:  
dos hambres que se borran  
sin sentido.  
Espero tensa, ,  
oscura,  
hipnotizada por los techos,  
por la ventana,  
por la lluvia,  
por este ahora gris  
que rechina vacío.



# se hace tarde, doctor

Llegó hasta El Salvador sobre una mula.  
Venía de Estelí,  
de Nicaragua,  
de aquella tierra azul  
con olor a becerros  
y a tiste.  
Estudió bajo la luz de los faroles.  
Ganó medalla de oro.  
Pero no.  
Quiero ser más precisa.  
Lo veo,  
llevándonos a cuestras por el patio,  
haciendo de león para asustarnos,  
mirándome a los ojos y diciendo:  
“Para un viejo  
una niña  
siempre tiene el pecho de cristal.”  
Recuerdo:  
mi sofocante asombro,  
mis preguntas,

las paredes de cal,  
mis pantorrillas  
que nunca me engordaban,  
los arcos,  
el jazmín,  
el porte de mi madre,  
su manojo de llaves  
en el cinto.

A veces, por la noche,  
mientras la luna  
alumbraba los gatos de las tejas  
y se oía chirriar a las cigarras,  
nos habló de Sandino,  
de sus hombres,  
de las largas marchas por la selva,  
de los marinos yanquis,  
desde arriba silbando sus helldivers  
para herir la columna.

Nos hablaba también de la cesárea,  
de descubrir al niño acurrucado.

En días de neblina  
subimos al volcán,  
el rocío lamiéndome las piernas,  
con orquídeas las ramas  
y con musgo.

Subíamos al sol,  
hasta la cumbre,  
otra vez hasta el sol de Centroamérica.  
Yo quería correr,  
era el ama de casa;

salir a buscar nidos,  
alisaba el mantel.  
Mi hermano, canturreando,  
hacía saltar piedras  
sobre el lago de azufre,  
de esmeralda.  
Tu aire de patriarca  
nos cohibía.  
Presidías la mesa  
como un señor feudal.  
Quiero hablarte de mí,  
de cómo soy.  
Conservo mi egoísmo,  
sigo haciendo complots  
para ganar cariño.  
Se hace tarde, doctor.  
Los dos amanecemos  
junto a un niño enfermo,  
nos aburrimos  
entre gentes extrañas,  
hicimos el ridículo,  
tropezamos,  
caímos,  
tuvimos que aceptar.  
Me legaste riquezas:  
Sandino, por ejemplo,  
la unión de Centroamérica,  
el afán de tener una cesárea.  
El exilio nos duele.  
Nos incomoda a veces

nuestro papel de padres.  
Sigo pensando en mí con prioridad.  
No soy tu hija ahora,  
soy tu cómplice,  
tu socio.  
Mis derrotas,  
mis luchas,  
me han hecho el llanto fácil.  
Pienso en ti mientras digo.  
Pienso en mí,  
en las cosas que ocurren.

# sala de niños

No respiras el aire  
que respiro,  
ni consolaste a la madre balbuciente.  
No llevaste el trozo de carne fría  
hasta la morgue  
ni mentiste diciendo que era un ángel.  
Es distinto mi mundo.  
Por mí degüellan terneros.  
Me fastidias tú  
con tu aire de esteta,  
ofreciéndome horizontes de olas  
y una playa blanca  
y gaviotas  
y pinos.  
Mira mis horizontes desdentados.  
Todos los días  
puños de horas me golpean.  
Se imponen los tejados

y el humo,  
el olor a grasa quemada  
en la cocina.  
Eres sólo una trampa,  
un temblor de mi infancia,  
un yo hecho memoria  
acechándome,  
escarbando mi desamparo.

**auto de fé**





# líneas rectas

No me interesa usted, señora Mowry.  
Me aburre su colección  
de porcelanas,  
sus dos pekineses  
dejando pelos largos  
por las sillas.  
Mi ovejero fue noble.  
Repasábamos juntos  
las calles provinciales.  
Si quería extraviarme,  
una tía  
o un cura  
nos cerraban la esquina.  
Aprendí a caminar en línea recta.  
Volé por línea recta  
al extranjero.  
Bajé entre rascacielos  
y caminos más anchos.

Siguen bebiendo,  
gesticulando,  
conversando.  
Sólo yo estoy viva,  
sólo yo con mi carga.  
Memoricé el idioma  
para ajustarme al molde.  
Conocí a muchachas peligrosas  
que rompían las normas.  
Discutí la moral,  
la perseguí en los textos.  
Al revés de mis sueños  
se movía una sombra.  
Cultivé compañeras  
con la mirada dulce  
de mi madre,  
autores  
con el sello arbitrario  
de mi padre.  
Pero quise a la vez  
a dos marinos;  
pero rompí mi taco en un concierto;  
pero empezó mi amiga  
con las náuseas;  
pero mi tío  
se ahogó.

# morning thoughts

Hoy la luz es lechosa.  
Me llegan titilando los olores.  
Las cosas que recuerdo  
—como un potrillo torpe  
asaltaba el regazo de mi madre—  
¿No lo sentiste así?  
En un salón ruidoso  
te encontré.  
Hablamos de la India,  
de T. S. Eliot,  
del neorrealismo italiano.  
Desde mis veinte años te miraba,  
desde mi soledad  
y mi deseo.  
Surgen ahora rostros:  
fatigadas meseras  
retirándome hostiles  
el menú,  
empleadas de almacén

que me llamaban "honey".  
En medio del asfalto  
me ofreciste una encina.  
Fue solamente un préstamo,  
un pagaré a cobrar.  
Con retazos de olores,  
con cumplidos,  
cada uno midió su desamparo.  
Me fastidian los pájaros que chillan,  
tus ideas políticas,  
ese cuadro torcido.  
Fuimos dos soledades  
impermeables.  
Con sigiloso empeño  
hicimos presupuestos  
y el amor.  
Aprendí que reirse alivia,  
que el calor de tu piel,  
sin palabras,  
sin sexo,  
me disfraza el vacío.  
Soy una boya,  
un corcho  
que se levanta  
y cae,  
un ala templada por el viento,  
un grito ronco,  
inútil,  
mendigando ternura.

# prisionera

Cuatro muros me encierran  
y animales domésticos  
y niños.  
No importas tú.  
Vivo un mundo  
que tampoco me importa.  
Otra vez interrumpes.  
Voy a estallar. ¡Cuidado!  
La sombra entre mis sueños,  
la bestia que me alcanza,  
las pezuñas ruidosas:  
todo eso soy yo.



# confesión

Ya tu voz no me llega.  
Es como Dios,  
lejana.  
Tus palabras dolían,  
traspasaban.  
No puedo dialogar  
ni con El,  
ni contigo.  
Son simplemente ausencias.  
No quiero dialogar  
ni con El,  
ni contigo.  
Ni tú  
ni El  
existen.





# desconcierto

Otra vez mis impulsos  
me sorprenden,  
me condenan al pozo,  
me descubren,  
marcan tu nombre a fuego  
en mis tejidos.  
Aquí estoy con mis llagas,  
con mi dolor  
a solas.  
A través del otoño,  
de este olor a otoño  
ardiendo en la fogata,  
me golpea la brisa,  
me lastima los párpados  
el humo.



# punto de partida

Me dejó el río  
náufraga  
sobre una isla de su delta.  
Relámpagos inciertos iluminan la nada.  
Bajo mis pies  
el fango.  
No hay rumbos marcados  
ni faroles.  
Los amigos espejo se esfumaron.  
Invento la luz.  
Las nubes se vuelven gris perla.  
Agrego una brisa  
y se agita el agua.  
Poco importa quién soy:  
un punto vigilante  
y por ahora basta.  
Antes de inventar una gaviota  
debo pensarlo bien;  
traen complicaciones.

Si te inventara a ti,  
podríamos comunicarnos por un rato.  
Tendríamos en común el río  
y el lodo  
y las nubes.  
Nos reiríamos colaborando  
en un cangrejo.  
Conversaríamos  
hasta que de nuevo me inventaras  
ajena a mí.  
Hay algo que me acecha:  
el pozo,  
el cuarto oscuro.  
Se vuelve el agua fría  
y malévolo el viento.  
Invento una gaviota,  
invento lágrimas.

# pequeña patria

Detrás de mí  
un remolino de huérfanos pálidos,  
de niños con el vientre hinchado,  
de madres pordioseras  
exhibiendo a sus hijos  
llenos de moscas,  
de mendigos astutos  
que invierten su vida  
en una pierna morada de costras  
y vendas sucias.  
Me detengo y grito:  
"Se está cayendo el cielo."  
"Queridas,"  
comenta la señora gorda  
mientras baraja el naípe,  
"¿saben la última noticia?  
Dicen que el cielo se está cayendo."  
A las tres de la tarde  
se abre la reunión de directorio.

Me levanto y digo:

“Señores,

hay un sólo capítulo

en la agenda de hoy:

se está cayendo el cielo.”

El gerente se agita.

“Propongo”, exclama

“la construcción de una caja fuerte  
debajo de la tierra.

Debemos proteger nuestros archivos,  
los valores.”

Llama el centinela al cuartel

con la noticia.

“Que las tropas vestidas de campaña  
se formen,”

increpa el general,

“que levanten rifles y bayonetas,  
que sostengan el cielo.”

El día está nublado.

Se cumple una cuota normal  
de actividades.

Los carniceros venden tres cuartos  
a las amas de casa

y cobran un kilo,

las solteronas ventilan sus odios  
en aulas de pupilos,

los donjuanes

se pavonean con sus amigos

mientras las criadas

arruinan la comida

y contemplan el aborto.  
Pronto el arbolito de café  
dará cerezas rojas,  
la caña, miel,  
los desfiladeros de algodón  
nubes carnosas  
que habrán de convertirse  
en Cadillacs,  
en una noche de casino,  
en el alquiler de una suite en Cannes.  
Me siento a la mesa de los intelectuales.  
“¿Qué haremos?” pregunto.  
“Se está cayendo el cielo.”  
Sonríe el viejo radical.  
Hace veinte años lo predijo.  
“¿Y si fuera verdad?”  
pregunta el joven iracundo  
“¿qué haremos?”  
Con ademán ajustado  
al significado histórico,  
saca su pluma  
y comienza a redactar sobre el mantel  
un manifiesto de intelectuales y artistas.  
Hace días que no salgo.  
El cielo no se cae.  
Los políticos lo han dicho,  
los directores,  
los generales,  
hasta los mendigos lo afirman.  
Para cada señorito

hay una criada encinta  
manteniendo equilibrio.  
Para cada señora gorda  
un tuberculoso que recoge algodón,  
para cada político  
un ciego con bastón blanco.  
Todo es lícito.  
Mi pavor, infantil.  
La exhibición pública  
de la angustia  
hace daño a las gentes,  
interfiere con el comercio,  
amedrenta a los niños.  
Mañana iré al mercado.  
Lo recetó el psiquiatra.  
Podré ofrecerle  
diez centavos a un mendigo  
y sentir compasión.



# documental

Sé conmigo una cámara.  
Fotografiemos la guarida,  
la hormiga reina  
expulsando sacos de café,  
nuestro país.

Estamos en el corte.  
Enfoca sobre esa familia que duerme  
obstruyendo la zanja.

Ahora,  
en medio de los árboles:  
los dedos rápidos,  
morenos,  
manchados de miel.  
Cambia de cuadro:  
la fila de hombres hormiga  
que bajan la quebrada  
con sacos de cereza.

Un contraste:  
muchachas vestidas de colores

ríen, charlan,  
recogen granos en canastos.

Más cerca.

Un close up de la madre encinta  
dormitando en la hamaca.

Enfoca bien las moscas  
que salpican su rostro.

Corta.

La terraza de mosaicos lustrados  
protegida del sol.

Criadas de cofias blancas  
nutren a las damas  
que juegan canasta,  
celebran invasiones  
y se duelen de Cuba.

Izalco duerme  
bajo el ojo del volcán.  
Un rugido subterráneo  
lo sacude.

Con su carga de sacos,  
camiones y carretas  
chirriando cuesta abajo.

Además de café  
se siembran ángeles  
en mi país.

Un coro de niños  
y mujeres,  
con el cajoncito blanco  
se apartan respetuosos  
mientras pasa el café.

Las mujeres del río  
lavan su ropa  
desnudas hasta la cintura.  
Canjean los choferes  
alegres obscenidades  
por insultos.

En Panchimalco,  
padeciendo que cruce la carreta,  
un campesino  
con las manos atadas  
por los pulgares  
y su escolta de guardias,  
pestañea al avión:  
abeja rebosante  
de caficultores  
y turistas.

Se detiene el camión en el mercado.

Un panorama de iguanas,  
gallinas,  
tasajo,  
canastos,  
rimeros de nances,  
nísperos,  
naranjas,  
zunzas,  
zapotes,  
quesos,  
bananas,  
perros, pupusas, jocotes,  
olores ácidos,

melcochas,  
orines, tamarindos.  
El café doncella  
baila en el beneficio.  
Lo desnudan,  
lo violan,  
lo tienden en los patios  
y se adormece al sol.  
Las bodegas oscuras  
se iluminan.  
Desprende el café oro  
reflejos de malaria,  
de sangre,  
de analfabetismo,  
de tuberculosis,  
de miseria.  
Sale rugiendo  
el camión  
de la bodega.  
Bramando cuesta arriba  
sofoca la lección:  
A de alcoholismo,  
B de bohío,  
C de cárcel,  
D de dictadura,  
E de ejército,  
F de feudo de catorce familias  
y etcétera, etcétera, etcétera.  
País etcétera,  
país llaga,

niño,  
llanto,  
obsesión.



# mis adioses

El jet de la tarde me arranca de Ezeiza.  
Me lanza contra la pared  
de la cordillera  
impregnada de sombras.  
Me arranca de los adioses,  
de la última vez  
entre rostros rioplatenses,  
de la noche en el acuario verdeazul  
con humo flotando como plankton  
y monstruos marinos  
se deslizan por la luz  
al compás de un tango.  
Desde mi ventana,  
la mancha morada de las pampas.  
Repito a solas mis adioses,  
los preno  
entre las hojas de un libro  
que no leo.

El horizonte se encoge  
y nos asalta.

Nos pasa el Aconcagua  
con su joroba rosa.

Santiago deslumbra en el crepúsculo.

Casi sin verlo

recorro el aeropuerto,

casi sin recordar las otras veces,

los otros adioses

que he dicho aquí,

esquivando esta despedida

solitaria,

definitiva.

Lejos de mi ventana

una luna nueva

se hunde en el Pacífico.

Pienso en los años,

los amigos,

la geografía.

América es grande,

me digo.

Un bloque de piedra

torturado.

Su yerba,

sus árboles,

sus voces crecen,

trepan,

entierran nichos de piedra estéril.

América es una viva piedra verde.

Es difícil América,



es oscura,  
es verde,  
es difícil.  
La estrangula la selva.  
El sol  
le siembra desiertos.  
Sus hombres se pierden  
entre arrugas  
y ríos.  
Escazú,  
Mombo,  
Momotombo,  
Chingo,  
Izalco:  
su pregunta brumosa  
me persigue.  
Santa Ana.  
Mi gente una vez más.  
El patio con verdes  
y con sombras,  
la ceremonia del refresco,  
el chaparrón,  
la interminable fila de visitas,  
los lentos murmullos  
de la tarde,  
el monólogo de la tía Virginia,  
de su amor perdido  
y de sus gatos.  
Cementerio de razas  
es mi valle:

cementerio de nombres —  
Sihuatehuacán,  
valle de las mujeres hermosas —  
de tribus anónimas,  
lampiñas,  
de conquistadores con barba  
y caballo,  
de doncellas inmoladas  
ante la mirada jade  
del jaguar.

Mi América es sangre derramada:  
una puesta en escena de Caín y Abel,  
una lucha sin tregua  
con el hambre,  
la rabia,  
la impotencia.  
Me arranco,  
me voy.  
Apenas me importa un sollozo.

Como un bocadillo  
me trago a Guatemala,  
sin saborearla,  
sin la grave presencia  
del Agua  
y del Fuego  
desde Antigua,  
sin la mancha morada  
de Atitlán,  
sin oler el copal

quemándose en las gradas  
de Chichicastenango  
aquel domingo de colores,  
tejidos,  
rostros herméticos  
y polvo  
y tropezones.  
Se desliza el taxi  
en el asfalto.  
Me conduce con ritmo  
de cornetas,  
mariachis,  
cantinfladas,  
costras de revolución.  
Recorro los barrios de adobe,  
el neón de Reforma  
y de Madero.

Los cambios me confunden.  
De la larga jornada  
me quedan los adioses:  
adiós a Maitencillo,  
a la playa de noche;  
a las calles de Mérida,  
fosforescentes;  
a Tito castigándose las cejas;  
a la nieve arenosa en Farellones —  
los cóndores,  
Manuel —,  
a las fatigosas discusiones con María Elena;

a Miquel  
y su oscura resignación;  
al jardín botánico en otoño;  
a los tangos de Idea  
y su conjunto inexistente;  
a las velas titilando  
en Botafogo;  
al cursi carnaval  
en 18 de Julio  
con Luz  
y Mario  
y confetti.

“Me he puesto a teclearte estas líneas  
mientras pasan los tanques rumbo

[a Buenos Aires,”

me escribe Roa.

“No veo pasar a los mastodontes de hierro,  
pero los oigo avanzar, rechinando.

¿Te acuerdas de lo que hablábamos

[con Bud, contigo,

oyéndonos los pensamientos, queriendo

[para nuestra América

así en singular, un destino

[que no nos hiciera avergonzar?”

Adiós, Roa

y Zoraida

y Sebastián

y Manolo

y Lucho

y Pueyrredón.

# índice



piruetas en una sala de espejos	7
té con las tías abuelas	9
la siguanaba	11
aunque dure un instante	15
el abuelo	19
soledad y nueve de julio	23
matinée	25
se hace tarde, doctor	27
sala de niños	31
AUTO DE FE	
líneas rectas	35
morning thoughts	37
prisionera	39
confesión	41
desconcierto	43
punto de partida	45
pequeña patria	47
documental	51
mis adioses	57







este libro se terminó de imprimir  
para la editorial alfa, de monte-  
video, en los talleres gráficos  
bouzout, calle cerrito 170-72,  
en el mes de setiembre de 1965.





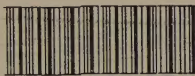




PQ7539. A47V48



a39001



004110287b

2/68

